

MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

SERIE II

Núm. XII

EL PASO DE LOS ANDES,
CAMINO A TRAVES DE
CUATRO CORDILLERAS

CONFERENCIA PRONUNCIADA
EL 17 DE AGOSTO DE 1948

POR EL

Dr. EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

PRECEDIDA POR EL DISCURSO DEL DIRECTOR DEL MUSEO
HISTÓRICO NACIONAL, PROFESOR DON ANTONIO APRAIZ



1948

TALLERES GRAFICOS "VIGOR"
BUENOS AIRES

UEX

BICC

TS-6019

1000

CEXECI

R/95
4610

EL PASO DE LOS ANDES,
CAMINO
A TRAVÉS DE CUATRO CORDILLERAS



015710413
215212609



DISTRIBUCION GRATUITA

Talleres Gráficos "Vigor", Alsina 373, Buenos Aires. Diciembre 30 de 1949.

Presidente de la Nación
GENERAL JUAN PERÓN

Secretario de Educación
PROFESOR DOCTOR OSCAR IVANISSEVICH

Subsecretario de Cultura
SR. ANTONIO P. CASTRO

COMISION NACIONAL DE MUSEOS Y DE MONUMENTOS
Y LUGARES HISTORICOS

Presidente

DR. EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

Vocales

Señor Director del Museo Histórico Nacional
PROFESOR DON ANTONIO APRAIZ

Señor Director Interino del Museo Histórico Sarmiento
DON GUILLERMO AIMO

Señor Director del Museo Mitre
DON JUAN ANGEL FARINI

TENIENTE CORONEL JOSÉ IGNACIO ITURRALDE

Señor Interventor de la Dirección Nacional de Arquitectura
GENERAL DE DIVISIÓN RODOLFO MARTÍNEZ PITA

Señor Director de la Biblioteca Nacional
DR. DON GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA

Señor Director del Archivo General de la Nación
DON HÉCTOR C. QUESADA

Señor Director del Museo Histórico de Luján
DON ENRIQUE UDAONDO

CAPITÁN DE FRAGATA (R.) JACINTO R. YABEN

Señor Director del Museo Nacional de Bellas Artes
DON JUAN L. M. ZOCCHI

Secretario:

DR. JOSÉ LUIS BUSANICHE

MUSEO HISTORICO NACIONAL

Director:

PROFESOR DON ANTONIO APRAIZ

TS-6019

MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

SERIE II

Núm. XII

EL PASO DE LOS ANDES, CAMINO A TRAVES DE CUATRO CORDILLERAS

CONFERENCIA PRONUNCIADA
EL 17 DE AGOSTO DE 1948

POR EL

Dr. EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

PRECEDIDA POR EL DISCURSO DEL DIRECTOR DEL MUSEO
HISTÓRICO NACIONAL, PROFESOR DON ANTONIO APRAIZ



1948

TALLERES GRAFICOS "VIGOR"
BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

BIBLIOTECA



*El General San Martín
en 1822*

Lit. de Carvalho. Museo Histórico Nacional.

PALABRAS DEL DIRECTOR DEL MUSEO HISTORICO NACIONAL

HAN transcurrido ya ocho años desde que se iniciara en el Museo Histórico Nacional la conmemoración regular de este aniversario, que tan alta jerarquía alcanza entre nuestros fastos patrióticos; y en otras tantas ceremonias análogas a la presente, se han visto repetidos el fervor y la unción con que la figura de nuestro héroe máximo se evoca en esta casa, donde con toda propiedad puede decirse, que ella vive permanentemente materializada en el conjunto de recuerdos que el Museo alberga, custodia y exhibe; conjunto el más completo y auténtico, como que está formado

por la mayoría de los objetos que durante la vida del prócer estuvieron a él vinculados por el uso personal; y algunos de los cuales, como el corvo legendario que le acompañó “en toda la guerra de la independencia de la América del Sud”, han adquirido categoría de símbolo sagrado de una dignidad militar ejercida con la vocación de un apostolado; y con el acierto admirable que prometieron siempre sus planes matemáticamente calculados y brillantemente plasmados en triunfos categóricos y definitivos.

Otros recuerdos cobran en esta fecha y en esta casa, un poder de sugestión especialmente acentuado; tales los que forman el ambiente escrupulosamente reconstruido de la estancia íntima, en la casa de Boulogne Sur Mer, donde el héroe vió llegar su última hora, aquel 17 de Agosto de 1850, en que, con serenidad admirable y videncia ya extraterrena, comprendió que tocaba a su fin la última de las tormentas de la vida, aquella que habría de llevarlo —según sus propias palabras— al puerto seguro del descanso eterno.

Y en el eterno descanso, a la sombra del laurel inmarcesible con que le coronó la gloria, y al amor de este pueblo argentino que le debe, con la libertad, el más preciado de sus bienes, la figura de San Martín prolonga el fulgor de su epopeya, en el reflejo excelso de sus virtudes.

Así le ve su pueblo y así le evoca en esta casa entre la variedad de sus reliquias; en la profusa reproducción de su abundante iconografía; en la gráfica descripción de los gloriosos episodios militares que iluminó el brillo de su espada victoriosa; en los objetos sencillos que dicen de su sobriedad espartana y de su proverbial modestia; y en los ambientes donde se encuentran reunidos en torno a su figura, como reviviendo la atmósfera de respetuosa camaradería que les uniera en la vida y en la lucha, los recuerdos de aquellos

bravos capitanes, encargados de llevar a la acción y al triunfo las legiones libertadoras; y que él, personalmente, formara para tan glorioso destino, con su lección y con su ejemplo; con amor de padre, fervor de maestro y rectitud monitora de jefe.

Es este el ambiente que nuestro pueblo ama, y al que llega siempre con renovada devoción, porque en él se respira hálito de patria; porque en él siempre habrá de hallar algo que con emoción de argentino quiere ver; porque intuye que allí, siempre encontrará algo que aprender: también, no pocas veces, por que considera que tiene algo que ofrecer.

Así llegaron a mi despacho, ha pocos días, una señora y un caballero. Pese a un aspecto que luego delataba exquisita distinción, llegaban sencilla y modestamente, sin alarde y sin énfasis, a formular una ofrenda para el conjunto sanmartiniano del Museo. Les halagaba, simplemente, la posibilidad de contribuir a que ese conjunto aumentara con una pieza más, su profundo valor evocativo.

Tras el ofrecimiento, de inmediato aceptado, ingresó al Museo una magnífica y valiosa tela, obra del ilustre artista chileno Pedro Subercaseaux, que representa la batalla de Chacabuco; y que hoy pone en este acto el realce de su composición magistralmente ejecutada, ocupando el lugar cronológico que le corresponde entre otras dos producciones debidas al pincel del distinguido artista argentino, Fernández Villanueva: el combate de San Lorenzo, y la batalla de Maipú.

Con el mismo espíritu todos los argentinos, sin distinción de categoría, de fortuna o de jerarquía, consideran a este Museo, que es del pueblo, porque guarda lo más preciado de las tradiciones que honran y prestigian a un gran pueblo.

Así lo hemos proclamado cada vez, en esta ceremonia anual ya consagrada como una de las más sig-



Chacabuco

Oleo del artista chileno Pedro Subercaseaux, donado al museo por Doña Enriqueta del Solar Dorrego de García.

nificativas entre los homenajes que se rinden al Libertador en el día oficialmente dedicado a su memoria.

Pero cabe señalar que este homenaje adquiere en la actual oportunidad una amplitud mayor, al contarse entre los que cierran con digno broche el periodo conmemorativo realizado este año por iniciativa de la Secretaría de Educación, y que se extiende uniendo el 17 de Agosto, día de San Martín, con el 12 de Agosto aniversario de la Reconquista de Buenos Aires, realizada en 1806 a raíz de la primera invasión inglesa.

Acertada iniciativa que vincula la conmemoración de los episodios de 1806 y 1807, con la de la gesta Sanmartiniana, cuya acción emancipadora logró vivificar el germen de libertad a que aquellos dieron existencia.



*Sala de Chacabuco
en el Museo Histórico Nacional*

En efecto, esos primeros triunfos obtenidos sobre las armas británicas, sin tutela y sin apoyo —ya que faltó en el momento crítico el que naturalmente debió tomar a su cargo la autoridad política y militar entonces existente— pusieron en los espíritus criollos, junto con la adquirida conciencia de su capacidad, el primer destello de aquel ideal de libertad que haría eclosión en el pronunciamiento de Mayo; para iniciar por duros senderos la marcha cruenta en pos de la independencia, jurada en Tucumán, pero no conquistada definitivamente hasta que San Martín, tras liberar de sus dominadores el suelo chileno, dejó afianzada en Lima, con la Libertad del Perú, la de todo un continente americano.

No olvidamos al hacer esta última afirmación que, si bien es cierto que la batalla de Ayacucho marcó re-

cién en 1824, la hora postrera de la dominación española en América, no es menos cierto que esa hora estaba señalada ya por el destino como un hecho de acaecer fatal; y si alguien tuvo conciencia y seguridad de ello fué el propio San Martín, quien al dirigirse en 1822 al Libertador de Colombia anunciándole que se retiraba definitivamente de la escena de sus triunfos, “convencido de que su presencia era el único obstáculo que le impedía a Bolívar venir al Perú con el ejército de su mando para acabar con las fuerzas realistas”, afirmaba estar “íntimamente convencido de que, sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de América es irrevocable”.

Podemos entonces establecer para nuestra independencia un ciclo cuya extensión cronológica nace con los triunfos de Buenos Aires sobre los invasores ingleses en 1806 y 1807; se manifiesta con la Revolución en Mayo de 1810; afirma ante el mundo su existencia por la voz inspirada del Congreso de Tucumán en 1816, y ratifica su realidad inexorable con la campaña triunfal de San Martín, de la que son jalones eminentes, Chacabuco y Maipú en 1817 y 1818; y la proclamación de la Independencia en Lima, en 1821.

Entre los dos puntos extremos de este ciclo, está escrita toda la historia de nuestra emancipación; y el espíritu indomable con que ella fué realizada en el pasado, vuelve a mostrarse en el presente, a través de los actos con que ha sido irradiado, desde el corazón de Buenos Aires, hasta los más apartados extremos del país, el mensaje vibrante de un pueblo que marcha decidido a la conquista de los más altos destinos, en la pujante afirmación de su soberanía.

Señores:

El Presidente de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos, Dr. Eduardo

Acevedo Díaz, desarrollará hoy desde esta tribuna un tema relativo al momento inicial de la cruzada Sanmartiniana, cuyo título, "El paso de los Andes, camino a través de cuatro cordilleras" nos anticipa el original enfoque histórico-geográfico con que ha sido concebido su estudio.

Un aquilatado y notorio dominio del conocimiento geográfico —especializado en el panorama argentino— está en esta oportunidad al servicio de las dotes que han valido al autor de "Ramón Hazaña" y "Cancha Larga" las más altas distinciones con que en el orden Municipal, y en el Nacional, ha sido premiada la producción literaria; así como la favorable acogida dispensada por el público a sus obras "Eternidad" y "Argentina te llamas", del mismo modo que a sus restantes trabajos de crítica y ensayo, o a los de indole biográfica o jurídica.

Su palabra elocuente, habrá de situarnos en el majestuoso panorama andino; y al oírle narrar las fatigas de aquel puñado de héroes, salvando en la porfiada marcha el redoblado obstáculo de la roca gigante y el abismo profundo, con el corazón puesto en lo alto desde donde los animaba la eterna y luminosa sinfonía argentina hecha de nieve y cielo, vendrá a nuestra mente la estrofa inspirada de Olegario Andrade:

*¿Dónde van? ¿Donde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía!
Donde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo;
¡Van a morir o a libertar un mundo!*

ANTONIO APRAIZ.



San Martín en los Andes (1817)

Acuarcla de P. Subercaseaux.

EL PASO DE LOS ANDES, CAMINO A TRAVES CUATRO CORDILLERAS

Conferencia del doctor Eduardo Acevedo Díaz

A PRINCIPIOS del siglo de Mayo, un ilustrado viajero, dado a la aventura de conocer la Tierra, Pedro Schmiedyer, atravesó nuestros Andes en viaje a Chile.

En pos, en su mula, cabalgaba su compañero, por la senda de una sola herradura, de cincuenta centímetros de ancho. Exclamaba a cada instante:

—¡Ave María, qué camino!

Era por el verano de 1820, exactamente, tres años después del paso del ejército de los Andes.

El paso de la Cordillera de los Andes. He aquí una expresión de esta hazaña.

Ella induce, al que no conoce el terreno, a imaginar una montaña, con su cuesta ascendente, su cumbre nevada y su pendiente de descenso. Eso es todo. Ascender, tramontar y descender, como lo hace un alpinista, después de haber esperado tiempo favorable para no verle la cara a la temible tormenta de nieve.

El lector de libros de historia podrá saber con qué previsión fueron aparejadas las piezas de artillería, los arzones, las cureñas, las municiones, el bagaje, pero si se interrogó, ¿cómo es la cordillera de los Andes? no lo podrá saber más que en términos generales. La respuesta se la da el mismo general San Martín. El no habló en sus partes de “la cordillera”, sino, de “las cordilleras”.



Fot. de E. Acevedo Diaz.

La precordillera de La Rioja, San Juan y Mendoza, de empinada pendiente, destruida por el clima imperante de desierto. Imagen de “falda arrancada”.

Podría preguntarse qué importancia tiene para la historia dejar establecido este hecho. Tanto o más que la prolija enumeración de las medidas tomadas para conducir la operación con éxito. Nunca, como en este caso, podría afirmarse que la Geografía es el escenario de la Historia. Lo importante es saber que el Libertador, dominó este escenario, y así fué como la Historia pudo descender hacia Chile y hacia la vastedad del continente.

El general San Martín no concibió un plan para pasar una cordillera. Ese plan tuvo mayor magnitud. Fué meditado para el paso de cuatro cordilleras y más aún, para el paso a través de un mar de montañas.

Me estoy refiriendo al paso por el *Camino de los Patos*.

Es común oír decir que el Libertador, con el grueso del ejército, cruzó la cordillera por el paso de Los Patos, mientras Las Heras lo hacía por el paso de Uspallata.

Ni Los Patos ni Uspallata son pasos. Son los nombres de los dos caminos. El de Los Patos cruza las cumbres por varios pasos.

La Geografía da la prueba irrefutable. Mas, si se quiere la del documento, veamos éste firmado por el general San Martín.

Es una comunicación dirigida al Gobierno de Buenos Aires, fechada en San Felipe, el 8 de febrero de 1817. Dice así:

“Camino de 100 leguas, cruzado de eminencias escarpadas, desfiladeros, profundas angosturas, *cortado por cuatro cordilleras*. Tal es el camino de Los Patos. Pero si vencerlo ha sido un triunfo, no lo es menos el haber principiado a vencer al enemigo.”

“Vencerlo ha sido un triunfo”, palabras que nos dan la medida del esfuerzo demandado. Cuatro cordilleras, luego, cuatro pasos.



Fot. de E. Acevedo Díaz.

La montaña destruida por las alternancias de frío y calor. Rodados filosos del tipo de los que despearon las mulas y caballos del ejército de los Andes a pesar de estar herrados.

Allá, sobre el terreno, la hazaña parece fantasía de mito.

Antes de referirme a la ruta seguida por el ejército de nuestro Libertador, y a las cuatro cordilleras cruzadas, veamos cuales son, para luego demostrar que "vencerlas fué un triunfo".

¿Por qué, se dirá, existen cuatro cordilleras en el campo de la acción sanmartiniana?

El genio revolucionario de San Martín, transformador de la historia, tuvo en la zona andina su propio escenario. Concordó con el gran revolucionario geológico, transformador de lo que fué el más antiguo suelo de nuestra Argentina.

Ese revolucionario fué el movimiento orogénico andino, ocasionado por las gigantescas fuerzas que actuaron desde lo profundo del planeta.

Desde el final de la era primaria hasta los comienzos de la secundaria, el solar geológico de la actual Argentina formó el extremo occidental de un continente. Una carretera hubiese unido las provincias andinas y la India, pasando por Africa y Arabia.

El borde occidental de este antiguo continente fué levantado y encorvado. Este borde levantado y plegado formó la precordillera de La Rioja, San Juan y Mendoza, la primera valla que salvó San Martín en su famosa marcha.

En Mendoza lleva el nombre de Paramillo; en San Juan, Tontal, Zonda y otros más.

Entre esta cordillera y la cordillera chilena de la Costa, existió un mar angosto y muy profundo. Su fondo estaba recubierto por un manto de sedimentos de miles de metros de espesor.

La precordillera le servía de litoral, y como habían pasado millones de años desde su formación, ella descansaba tranquila en su vejez, soportando la destrucción llevada a cabo por los agentes físicos; había desaparecido su imagen de montaña juvenil, de vértices y aristas; se habían aplanado las cumbres.

Pero un día cesó esta quietud de abuelo. No hay poltrones en la naturaleza. La vieja cordillera fué rejuvenecida, como si fuese un Fausto geológico. Se alzó de nuevo hasta sus cuatro mil metros.

¿Qué había ocurrido? Había entrado a la liza el

revolucionario andino, de incontenible joven ímpetu, como el del Libertador y el de su huéste.

La corteza terrestre se contrajo; apretó con presión de tenaza la cuenca del profundo mar en el que la precordillera mojaba sus faldas; comprimió el manto de sedimentos que cubría su fondo. Reblandecidos por el calor causado por la presión, fueron plegados e impulsados hacia arriba. Estos pliegues dieron origen a las inmensas montañas andinas.

La cuna de los Andes fué, pues, el lecho de este antiguo mar.

Como un epitafio colocado a cuatro mil metros de altura, los cerros muestran los fósiles de los seres marinos que vivieron en sus aguas y que reposaron en su fondo, a miles de metros de profundidad, en la noche del abismo.

Hoy forman la ceja de la montaña, bajo el raudal de luz de su cielo, y sirven de lecho a la nieve de sus inviernos.

He aquí desmentida la idea que nos formamos del carácter inmutable y definitivo de las cosas de la naturaleza.

No hay paz eterna en la vida del planeta.

¿No ocurrió algo más por efecto de este impulso trastornador que puso término a la vida de un mar?

Sí, ocurrió, y esto tiene relación con el paso de San Martín. Rocas yacentes en la profundidad, situadas al oriente, fueron sollevantadas hasta formar gigantescas montañas, de rumbo paralelo a la cordillera andina. Esta cordillera, constituida por varios cordones, es llamada *la cordillera frontal*.

El general San Martín pasó dos de sus ramales, llamados cordillera del Tigre y cordillera de Espinacito.

Las cuatro cordilleras del Camino de los Patos seguido por el general San Martín, son, desde su salida de Mendoza: la precordillera de La Rioja, San Juan y

Mendoza, llamada en el sitio del pasaje, sierra del Paramillo; la cordillera del Tigre, la cordillera de Espinacito, la cordillera andina que sirve de límite a la Argentina y Chile.

Entre los rasgos notables de la región sanmartiniana que influyeron en el paso, se cuenta el río de Los Patos, el que da el nombre al camino.

Lucha tenazmente contra las cordilleras, despeñándose con rumor de tormenta. Espinacito le cierra el paso; él lo forzó, labró un tajo profundo donde la tarde se entenebrece estando el sol aún en lo alto. Más adelante, la cordillera del Tigre se opone a su carrera. Ya llamado San Juan, con la ultrapaciencia de la dinámica terrestre, incansable y eterna, se encajona de nuevo, corre en el sentido del rumbo de la montaña, hacia el norte, ceñido a su roca, a la espera de una brecha que le dé pasaje hacia el este, hacia la llanura donde descansará de la fatiga de su victoria, en medio de las viñas y de los pomares sanjuaninos.

El río de Los Patos, el tenaz opositor al paso del general San Martín.

La fuerte singularidad de este río ha inducido a muchos a llamar al camino, Paso de los Patos.

Comparemos el gran arco trazado por él, en su viaje por las cordilleras, con el arco común tendido hacia arriba y con su flecha. La flecha estaría representada por la cordillera de Espinacito; la parte izquierda del arco estaría flanqueada por la cordillera límite; la inferior, por la cordillera de Los Indios; la derecha, por la cordillera del Tigre.

La Geografía no ha bautizado aún este arco, equivalente a batalla, a victoria.

Debe ser llamado "Arco de San Martín", signo emblemático del esfuerzo del Libertador, tendido hacia el gran destino de nuestra República Argentina.

Repasemos, ahora, la ruta del ejército por el Camino de Los Patos.

En un parte transmitido desde Chile al gobierno de Buenos Aires, el general San Martín afirma que cruzó cuatro cordilleras, pero no las nombra.

Pero es posible determinarlas teniendo a la vista el Diario Militar. En él figuran las jornadas. Este documento, firmado por el Libertador, fué dirigido al gobierno de Buenos Aires.

El ejército partió de Jagüel, lugar situado al este de la sierra del Paramillo, es decir de la Precordillera. ¿Cómo sabemos que la cruzó? La cruzó en sentido diagonal, rumbo hacia el noroeste. ¿Cómo puede demostrarse? En primer lugar forzoso es cruzarla en una marcha hacia el oeste; en segundo lugar, disponemos del dato cierto del cruce diagonal. En efecto, el documento dice: "2ª jornada. Las Higueras. 3ª jornada. Las Cuevas" (no confundir con Las Cuevas del Camino de Uspallata).

Estos nombres, Las Higueras y Las Cuevas designan, respectivamente, los lugares por donde se entra y se sale de la precordillera, es decir, los boquetes del paso.

Disponemos de otro dato cierto. En el capítulo de 'Observaciones', San Martín agrega: "Hay agua dos leguas antes de El Carrizal". Aquí está la prueba decisiva: El Carrizal es lugar situado en el corazón de la precordillera, a dos mil seiscientos metros de altura.

El cruce de la segunda cordillera está mencionado en la relación de la quinta, sexta y séptima jornadas. Se dice: "De Yaguaraz a la falda del Cerro del Tigre. De la falda del Cerro del Tigre al arroyo Uretilla. Del Arroyo Uretilla al río San Juan", es decir, río de Los Patos.

Bien. Esta es la segunda cordillera, la cordillera del Tigre, de nieves perpetuas en su zona central, don-



Fot. de E. Acevedo Díaz.

Un "derrumbadero". El material suelto procedente de la destrucción de la roca, cubre la falda. (Fotografía tomada desde el Paramillo de las Cuevas, a 3.000 metros de altura, en la ruta de Las Heras.)

de se encumbra a la altura de cinco mil setecientos metros. La cruzó por su extremo septentrional.

Cruzado el río San Juan ascendió a la tercera cordillera. La relación de la octava y novena jornada permiten saberlo. "8ª Los Manantiales. 9ª jornada. Los Patillos". Los Manantiales, a 2.800 metros de altura es lugar situado en las faldas orientales de la cordillera de Espinacito. Los Patillos es un valle situado al oeste de dicha cordillera.

Esta es la tercera cordillera, la cordillera de Espinacito, cruzada por el paso de este nombre, a 4 500 metros de altura, para descender al valle de Los Patillos, paralelo a ella.

No hay necesidad de determinar la cuarta cordillera. Es la limítrofe.

La ruta trazada pudo ser modificada sobre el terreno para eliminar las dificultades relativas a cuatro factores: la topografía, el agua, los pastos y la leña.

Y lo fué. El cruce de la cordillera del Tigre no formaba parte de la ruta. Como esta cordillera termina en el alto y desértico valle de Calingasta, podía ser rodeada por su extremo norte. La falta de agua en dicho valle obligó al ejército a entrar en la montaña. Es necesario recordar que había que dar de beber a 10.600 mulas y a 1.600 caballos, y no se bebe en un mar de rodados.

Concuerdan los partes. Dice O'Higgins en el fechado el 1º de febrero de 1817. "En Patillos al pie de un alto cerro. No pude alcanzar la vanguardia porque su bagaje obstruyendo los desfiladeros por donde debían pasar los cuerpos de mi mando, me hicieron perder muchas horas de marcha de manera que a la entrada de la noche me vi en el riesgo de que la tropa por el frío intensísimo que experimentamos en el día de ayer, sufriese algún contraste sensible e importante. Pero por haberla reforzado con un poco de vino, logré no haber tenido más pérdida que la de un negrito que ya venía bastante enfermo".

El bagaje de la vanguardia obstruyó los desfiladeros porque se trataba nada menos que del descenso del paso de Espinacito.

La demostración salta a la vista: el valle longitudinal de Los Patillos está situado al oeste de la cordillera de Espinacito. Luego, ésta tuvo que ser cruzada.

Conocemos, pues, el itinerario. Falta saber cómo es el Camino de Los Patos para que tengamos una idea del esfuerzo realizado.

Una idea de síntesis sería esta: el "camino de las cuatro cordilleras". Decir cuatro cordilleras equivale a determinar la medida del esfuerzo y del concierto de los factores adversos.

Vamos a ver que este esfuerzo tiene el mérito de las acciones excelsas.

Una cordillera es un conjunto de pliegues, de encorvaduras. No es un solo pliegue, una sola línea de crestas, ni tampoco líneas de crestas tendidas hacia un solo rumbo.

La precordillera no da fácil paso. Los cordones son angostos; están alineados, si se me permite la expresión, "codo con codo". Las faldas son abruptas; algunas, sobre todo, las del occidente, son casi verticales. De llevar un apodo, la precordillera podría ser llamada "La empinada".

La precordillera exigió esfuerzo: ascensos, descensos en camino de cuestras muy empinadas, camino angosto.

Un soldado cabalgando en su mula podría estar seguro de no despeñarse. Mas, es necesario recordar que la estrechez del camino, verdadera senda, llamada "camino de una sola herradura", obligó a abandonar los carros tirados por bueyes, en los que se transportaba la artillería y los bagajes.

Las mulas reemplazaron a los carros. La carga exigió muy especiales cuidados para que no rozara la pared de la montaña y el animal perdiese equilibrio y cayese al abismo. Saber cargar bien lo es todo en la cordillera.

En la zona de las cordilleras andinas las dificultades opuestas por la topografía fueron mayores. Los grandes rodeos del camino lo demuestran. Después de

descender de Paramillo, fué preciso costear la cordillera del Tigre en busca del paso. Se dirá que bien valía la pena marchar kilómetros y kilómetros por el pedregal desértico de Calingasta, con la falda de esa cordillera a la vista, si el paso daba la esperanza de un cruce fácil. Y no es así. La cordillera del Tigre es parte del "mar de montañas" y fué cruzada teniendo a la vista cerros de 4.500 metros de altura. Las faldas occidentales de las montañas andinas como las de la precordillera, son notablemente más abruptas que las orientales. Si fijamos la vista en el mapa, veremos que el curso de los ríos que descienden por la vertiente occidental es de menor longitud que los que bajan por la oriental. Pronto alcanzan el pie de las cordilleras.

Los descensos del ejército fueron de dura labor.

Los que hayan cruzado la cordillera por el Camino de Uspallata podrán confirmar este aserto. Pasado el túnel de La Cumbre, el descenso es precipitoso. Es la cuesta de Los Caracoles. Sus ochenta y ocho vueltas cerradas, parecen estrangular el camino entre el abismo y la montaña. Penoso fué el descenso de la columna del general Las Heras. Ascendió hasta la cumbre del Cristo Redentor en busca del paso de la Iglesia, noventa y cinco metros de roca arriba del túnel.

Recuérdese su llamado al Padre Beltrán: "Estoy sin mulas porque con el trabajo se caen de flacas".

El tránsito a través de las cordilleras no presenta, solamente, el obstáculo del relieve áspero. En la precordillera, el ejército cruzó lechos guijarrosos de ríos secos. En la cordillera debió cruzar ríos colmados de agua. Fué necesario elegir la hora, con retardo de la marcha. Si bien era en tiempo de enero, es abundante en las cumbres la reserva de nieve. No toda se derrite por efecto de los primeros calores. La experiencia aconseja que los ríos sean cruzados a la mañana y no a mediodía o a la tarde, cuando por efecto del mayor

calentamiento solar, la nieve se derrite en las alturas dándoles mayor cantidad de agua.

Pero ha de mencionarse un impedimento mayor. Los ríos andinos corren por profundos valles de paredes verticales, llamados en la zona "cajones".

Todavía no se ha creado la toponimia sanmartiniana. El río de Los Patos bien merece ser motejado El Obstinado.

Fué el primero en oponerse al cruce, en su carácter de dueño de la ruta. No era cosa de perder el tiempo en colocar los puentes de cordeles, que por el escaso número de los que se llevaron sólo hubieran auxiliado a una de las varias columnas en que había sido dividida la hueste libertadora.

Sus hombres, después de descender del filo de la cordillera del Tigre, en marcha de pocos kilómetros hacia el oeste se asomaron a su cajón. Allí se desliza rápidamente rumbo al norte entre las dos cordilleras, la del Tigre y la del Espinacito, como ya lo hemos recordado.

No habiendo dado vado, ellos lo vencieron con una de sus armas, quizá de tanto poder como las de combate: la paciencia.

Costearon su cajón hacia el norte, bajando y subiendo los empinados lechos de sus afluentes que descienden de la cordillera del Tigre, hasta dar con el vado llamado hoy "Paso San Martín".

La lógica induce a pensar del siguiente modo:

Si los ríos de montaña abren las rutas, qué mejor camino tuvo el ejército de los Andes que este río de Los Patos, alimentado por ríos que descienden de los pasos de la cordillera limítrofe. El razonamiento de pura lógica, llevaría a esta conclusión: "el río lleva de la mano".

Mas, no pudo ser así. Este río hosco, celoso de su fuerza, orgulloso del origen de sus aguas, cuyas fuentes

de alimentación son los glaciares, los hielos de los dos cerros más elevados de América, el Aconcagua, de 7.030 metros, y el Mercedario, de 6.930, según la reciente comprobación de la comisión militar que lo ascendió, este río no permite que se transite por su orilla. La angosta senda recorre la peligrosa falda de la montaña.

En lugar de ser apertura geográfica, es puerta cerrada. Cierra el acceso a los valles de su cabecera, el Valle de los Patos y el Valle Hermoso, situados en la comarca de la cordillera limítrofe, como si ellos fuesen el hogar recatado de sus primeras aguas, aquello que debe ocultarse a las miradas profanas.

Su profundo cajón impidió a San Martín transitar por su orilla, necesitado como estaba de llegar en línea recta a esos valles, para ganar tiempo, ahorrar material y provisiones; para la protección de sus caballos y de sus mulas, ya casi inutilizadas en la ruda jornada sobre la piedra.

Hizo uso de otra de sus armas, más templada que el propio acero de los sables de sus Granaderos a Caballo: su audacia reflexiva.

Con ella penetró en la tercera cordillera, la más escabrosa de todas, la de Espinacito. Si hiciéramos fábula haríamos decir al hostil río de Los Patos: “Ya no le veré más, porque no podrá bajar sin despeñarse”.

El nombre de esta cordillera —Espinacito— nos dice algo de su rigor. Aspera cumbre dentada; altísimo paso de cuatro mil quinientos metros, de descenso tan pendiente que entre curva y curva la distancia no excede, en ciertos lugares, de algunos metros.

En el riscoso Espinacito el ejército, al descender, quedó materialmente “colgado”. Un descenso en espiral se agrava a causa de un repentino cambio del rumbo del paso, como para echar al abismo al viajero, que marchando hacia el oeste, en veinte metros se ve obligado a descender hacia el sudoeste. El ejército.



Esta fotografía es bien demostrativa. Muestra el dorso divicionario de las aguas continentales. Hacia la izquierda corren las que alimetan al río de Las Cuevas (río Mendoza superior) que desciende por un cajón abierto entre el macizo del Aconcagua y esta línea de cumbres. Hacia la derecha descienden las que afluyen al río chileno Aconcagua. Este dorso o línea divisoria de las aguas continentales es la frontera de Argentina y Chile. Es cruzado por la senda del paso de los Contrabandistas, de 4.400 metros de altura, situado a diez kilómetros al norte del paso de la Iglesia, por donde pasó la columna del general Las Heras.

como empujado por el brusco cambio de rumbo y de altura, fué a dar al valle de Los Patillos.

Era lo que buscaba San Martín: el sur.

Antes de reposar de la fatiga, los soldados habrán elevado la vista hacia la dentada cumbre, diciéndose, si es que no se persignaron: “¿Espinacito? El espinazo del diablo, querrán decir”.

Camino, pues, para vuelo de águilas.

Los Patillos es nombre que nos sugiere la vecindad del valle de Los Patos. Patillos es un plano inclinado, un verdadero tobogán, con pendiente que se inicia en los tres mil quinientos metros de altura y que termina en los dos mil ochocientos, elevación de su extremo sur situado en su junción con el valle de Los Patos.

A la altura de tres mil quinientos metros la tropa de O’Higgins sufrió un frío intenso, como lo dice este jefe en su parte ya recordado. Era noche de luna y su luz refulgía en el blanco manto de nieve de la cordillera de la Ramada, situada al norte. El hálito helado descendía de sus cumbres para aterir a los hombres.

Se ve bien claro, sin necesidad de echar la vista al mapa, que el ejército desembocó en Los Patos descendiendo desde el norte, a pesar de haber comenzado su marcha desde una posición geográfica meridional.

Es la mejor demostración del rodeo realizado.

Los hombres han pisado el valle de Los Patos, y su prolongación, el Valle Hermoso. Al fin encuentran pista ancha; al fin abandonan el recelo; al fin el peligro ha desaparecido y la atención reposa. Ya no transitan al borde del abismo; ya no oyen rodar las pequeñas piedras, removidas por los cascos de las mulas, sobre el talud del precipicio.

El valle de Los Patos es árido, pero el Valle Hermoso es una vega. El pasto abunda. Los animales se reponen del forzado ayuno. Es vega propia para apa-

centar el ganado en su grama. Algunas casas de piedra sugieren la presencia de pastores de ovejas en tiempo de verano. Muchos de los hombres de la mesnada libertadora, son, también, pastores en la lejana pampa. Estos hijos del horizonte, extrañan el plano de su llanura nativa, abierto a todos los rumbos, bajo un arco de cielo de la vastedad del marino; sienten la emoción de su paisaje pampeano, que tiene un aire de pensar las cosas y de querer estar solo, como ellos.

El impulso consecuente a esta evocación, incita a los hombres a juntarse con los caballos, los compañeros del libre y vasto espacio de la pampa añorada, sin la montaña que reduce la visión del cielo, y los mueve a atenderlos, a dolerse de los maltrechos; a renegar de las filosas piedras que los han despeado; a admirar al general que quiere a su caballada como a sus propios ojos, y que parece decirles, cuando los ve curando a los lisiados: "El caballo agradece la paciencia, hijo".

Pero esta nostalgia es el nervio del ánimo de lucha. El haz de los paisajes nativos, añorado por unos y por otros, forma en la comunidad de trato, el unísono argentino. Todos son cuna de patria, una e indivisible, y este sentimiento exacerbado por la disciplina del gran jefe de la hueste, hará de ellos defensores porfiados en el denuedo, próceres en la pugna, desde Achupallas a Ayacucho

Las casas de piedra han singularizado tanto el panorama de la vega de Valle Hermoso que los nombres geográficos lo confirman: Cordillera de Casa de Piedra, enorme bloque desprendido de la cordillera limítrofe en sentido transversal. La hueste la ve como si hubiera sido puesta para arrollar el valle y suprimir su río de Los Patos, ahora poltrón, quietado, olvidado de su papel de protagonista en el gran camino cordillerano.

Poco le dura su apaciguamiento. Unos metros

más y es estrangulado por las altas paredes de la cordillera de Espinacito y las de los Penitentes y de los Indios que forman su orilla meridional.

Allí comienza el cajón que le da ímpetu de juventud; allí, el río que ha dado singularidad al paso de los Andes, batalla con la roca opresora.

El quiere, también, ámbito libre, como los hombres que han llegado a su lar, guiados por el jefe hacedor de patrias.

Ahora, los soldados contemplan azorados la cordillera de los Penitentes, ramal del macizo del Aconcagua.

Ven un ejército de encapuchados blancos que parece ascender en procesión de penitencia, la cuesta de la montaña.

Es la "nieve penitente". La nieve que, acumulada en depósitos de varios metros de espesor, se funde de modo irregular, a punto de que quedan sin derretirse masas de forma cónica tan altas como espesa fué la nevera.

La oblicuidad de la falda de la montaña da a los encapuchados la apariencia de estar en postura de oración y de arrepentimiento del pecar.

Los soldados están frente a una de las maravillas de la Argentina.

El panorama les hace olvidar los peligros de la jornada. Hacia el sur ven al Aconcagua; le habrán llamado el Volcán, como equivocadamente lo denominan los comarcanos.

En el horizonte del norte aparece a la vista la imagen del Mercedario, el gigante de la cordillera de la Ramada. Ven en ambos cerros una expresión de la magnitud física de la patria; ven en ellos a las dos cumbres argentinas por entero, Argentina erguida hacia el cielo.

Pero el rasgo de más carácter del paisaje es el cerro Alma Negra, del grupo del Mercedario, altísima



Un "cajón" en el camino de Los Patos. La falda de la montaña de segundo plano es un "resbaladero". Puede verse el material suelto, la roca fragmentada cubriendo la parte media de la falda. La Geografía llama a esta zona, "zona de los escombros".

cumbre de nieves eternas. Negro como la tiniebla, este cerro contrasta con la nevada cordillera de La Ramada. No era la primera vez que los soldados desfilaban ante los cerros enlutados, de roca volcánica, de agudas cúspides. Ya habían marchado sobre las rocas porosas formadas por las cenizas endurecidas de las erupciones volcánicas, sin sospechar que aquellos escoriales, con aspecto de depósitos de desperdicios, eran testigos de otra lucha: la entablada por las tétricas montañas negras, de lava forjada en la fragua interna de la Tierra, que perforó a las propiamente andinas, de paisaje policromo: amarillas, rojas, verdosas, pardas, como lo quiso el capricho de la paleta geológica.

Los hombres de la cruzada libertadora llevaban, también, la energía en potencia, la que destruye para crear.

Alma Negra es como decir “sin alma”, nombre que habrá excitado en algunos la idea de la contienda sin cuartel, del batallar en el que no siempre prevalecen los más nobles impulsos.

A un costado de Alma Negra, hacia el occidente, la montaña trunca de la cordillera de La Ramada, de nombre La Mesa, sirve de imagen de contraste. Los hombres de la hueste habrán confirmado su nombre. Habrán visto en La Mesa el techo de un rancho de una sola agua, ensabanado de nieve, paño blanco tendido bajo el azul turquí del cielo andino y de su sol dorado.

Habrán comparado esas dos franjas con las de la bandera del ejército de los Andes.

En el valle de Los Patos, los afluentes del río confluyen como las varillas de un abanico abierto hacia su mango. Casi todos estos ríos nacen en las alturas de los pasos de la cordillera limítrofe.

¿Por cuál cruzó? En ningún documento se nombra el paso.

El ejército tenía a su disposición seis pasos, a sa-

ber, nombrados de norte a sur: Las Llaretas ⁽¹⁾, 3.400 metros de altura; Golpe de Agua, 3.700; Ortiz, 3.800; La Honda, 4.200; Longomiche, 4.400; Valle Hermoso, 3.500.

La ruta hacia Las Llaretas estaría representada en nuestra comparación por la varilla superior del abanico; la del Valle Hermoso, por la inferior; la de la Honda, por la del centro.

Se ha dicho que el ejército pasó por Valle Hermoso. Los documentos prueban que pasó por Las Llaretas. La Geografía confirma esta prueba; la Geografía dió a elegir lo mejor al general San Martín y, por supuesto, él no eligió lo peor.

La Geografía nos dice cual de los pasos nombrados es el más transitable, documento actual, pues es el terreno el que habla.

Entre los pasos de Las Llaretas y de Valle Hermoso la cordillera es muy empinada. Algunos en ese tramo, merecen ser apodados, "los de los tumbos".

Veamos las características de algunos de ellos:

El de La Honda es un despeñadero de roca fragmentada; el viento es recio a causa de la estrechez del paso, inconveniente considerable si se recuerda que la mula cargada, debe mantener su equilibrio al borde de los abismos; la altura es excesiva, 4.200 metros.

En el de Valle Hermoso el tránsito es fácil. Tan excelente condición es anulada por el precipitoso descenso de la ladera chilena hacia el cajón del río Rocín, alto y poco transitable.

El paso de Las Llaretas reúne las condiciones de un buen paso cordillerano: fácil ascenso, fácil descenso por el valle chileno del río Llaretas. Su altura no pasa de 3.400 metros.

(1) Llaretas, planta cuya forma se asemeja a la de un cojín (*Azorella caespitosa*).

Podría suponerse, que el general San Martín, al fijar sus jornadas, tuvo el propósito de dejar en secreto el nombre del paso.

Pero no es así. En carta dirigida al general Miller, y contestando a una de sus preguntas, el Libertador, dice, en lo pertinente: "Los desfiladeros practicables de la cordillera son, a saber, el de los Patos, en el valle de Putaendo; el de Uspallata, en el de Aconcagua. Cada uno de ellos tiene pasos precisos".

Como se ve, no menciona el sitio del pasaje, cuando no había motivos para ocultarlo. Habla de "los desfiladeros", y agrega que cada uno "tiene pasos precisos". Debe entenderse, entonces, que cuando nombró el desfiladero de los Patos quiso referirse a toda la ruta dentro de las cordilleras argentinas. Este desfiladero o camino cordillerano tiene sus pasos; ¿dónde? En la cordillera occidental o limítrofe, puesto que él nombró el valle chileno de Putaendo, al que se entra por los pasos de Las Llaretas y Valle Hermoso, entre otros.

Ahora bien, si la Geografía había aconsejado al Libertador pasar por Las Llaretas, razones de orden militar lo decidieron a lanzar por otro paso un destacamento de la vanguardia, comandado por el mayor Arcos. Le urgía ganar tiempo. El enemigo, derrotado por la columna de Las Heras dentro de la cordillera, en Los Potrerillos, se retiró a Chile con el anuncio del pasaje del ejército patriota. Los españoles, con muy pocos soldados, hubieran podido defender el desfiladero de El Cuzco, de 3.500 metros de altura (la del paso de Valle Hermoso), lugar dominante en la ruta que desemboca en el valle de Putaendo, por el que se llega al de Aconcagua (nombre del río chileno), el elegido para la unión de las dos columnas invasoras. Ocupado El Cuzco por el enemigo esta unión se hubiera frustrado, y con ello, la campaña libertadora. Urgía, además, ocupar la cuesta de Chacabuco, serranía trans-

versal, que sirve de cabecera septentrional al valle central de Chile, en el que está edificada Santiago. Urgía ocuparla antes que la ocupasen los españoles.

Hemos nombrado el desfiladero de El Cuzco. El Libertador fijó sitio para la 13ª jornada en este desfiladero, pues dijo: "Al pie del Portillo". Es el paso que debe cruzarse en marcha desde el norte, desde el paso de Las Lletas.

El camino al Alto del Cuzco por Valle Hermoso es más directo. Recorre el cajón del río Rocín, bajada tan peligrosa como la de Espinacito. El viajero descendiendo sin cambiar el rumbo de este a oeste, para luego ascender al Alto del Cuzco en rampa tan sinuosa y empinada que en dos kilómetros y medio de camino, la diferencia de altura es de 800 metros. Una vez en El Alto, se descende hacia el sur hasta Achupallas, lugar donde comienza el valle de Putaendo, orientado de norte a sur.

Desde el punto de vista topográfico los pasos de Las Lletas y de Valle Hermoso terminan en Putaendo.

Como se ve, no era cosa de elegir entre los pasos el mejor para el destacamento de Arcos. Este jefe se descolgó por el cajón abrupto del río Rocín. Dice en su parte del combate de Achupallas: "Cargué con los veinticinco granaderos y su valiente oficial Lavallo; nuestros caballos estaban tan estropeados que apenas iban a medio galope".

En conclusión: ni cuando la cordillera se ofrecía a ser cómodamente cruzada pudo el ejército aminorar el esfuerzo.

Otros factores influyeron para agrandar el esfuerzo. Debe mencionarse el mal de puna. En la atmósfera enrarecida de las grandes alturas, la cantidad de oxígeno es insuficiente, la presión atmosférica es muy baja.

Sabido es que el mal de puna ocasiona graves trastornos fisiológicos. Es lo que se llama “la agresión de la altura”. Y no es posible una súbita adaptación para su remedio. Recientes investigaciones afirman que el habitante de las punas y de las altas cordilleras, es una variedad del hombre. Sus pulmones son de amplia capacidad; en proporción al tamaño del cuerpo, su corazón es de gran dimensión; el tórax es atlético; el pulso es lento.

En un hombre inadaptado a la altura, el esfuerzo muscular agrava el mal de puna. El Libertador pudo conjurar el peligro proveyendo de mulas a su infantería; lo conjuró a medias como puede leerse en su carta dirigida al general Miller: “La puna —dice— atacó a la mayor parte del ejército, de cuyas resultas perecieron varios soldados”.

No exageró. Quien cabalga tiene necesidad de ensillar, desensillar, llevar el caballo a la aguada, buscarlo en el pastoreo bajando o subiendo pendiente. Hubo que descargar o volver a cargar las mulas, en cada alto del camino.

Se realizó pues, esfuerzo predisponente al mal de puna. Hombres de las bajas llanuras, fueron seguramente, sus primeras víctimas, sin cura posible, porque el único remedio es descender de la gran altura.

Con el tiempo este ejército combatiría en las punas peruanas, a 4.500 metros de altura, en Pasco; a 4.000, en Junín; a 2.700, en Ayacucho; y a 3.000, en la puna ecuatoriana de Pichincha. Nuestros soldados ya habían batallado a 4.000 metros en la altiplanicie del Alto Perú.

Mal de puna, esfuerzo de muchos que dejaron sus huesos en los campos de batalla, lejos del pago nativo, sin que los suyos pudieran leer el epitafio de sus tumbas, si epitafio tuvieron.

Otro factor adverso, exigente, también de mayor esfuerzo, es el clima andino y sus efectos sobre la montaña.

El clima de la zona andina y preandina es el de los desiertos de muy exiguas precipitaciones, de gran sequedad atmosférica. El escaso vapor de agua en la atmósfera ocasiona el cambio súbito de la temperatura. En verano, los rayos solares calientan a tres mil metros de altura. Las rocas recalentadas se dilatan. Al ponerse el sol, el enfriamiento es repentino. Durante la noche, en el campo de batalla de Junín, a 4.000 metros de altura, murieron de frío todos los heridos. La atmósfera no tiene calor que prestar a la tierra para que reponga el suyo, porque es el vapor de agua el que lo absorbe y lo guarda. A causa de haberse dilatado durante el día y de contraerse apenas se pone el sol, las rocas se agrietan. Con el correr del tiempo se fragmentan; sus fragmentos se desmoronan por las pendientes de las montañas, donde forman enormes depósitos.

La precordillera y los Andes son montañas con figura de montañas de desierto. El panorama de la montaña en destrucción es grandioso. Las quebradas son torrenteras de rodados.

Podría decirse que la montaña vive su muerte bajo su cielo azul profundo, destellante como una gema, destello que nos hace imaginar el brillo zafíreo que tal vez tuvo el mar materno, de cuyo fondo surgió la cordillera. Este azul profundo es efecto de la abundancia de los rayos ultravioletas bien reflejados por algunas rocas.

La Tierra enseña a los hombres a adiestrarse en el oficio de la tragedia, y su crudeza es tal en los Andes cuyanos, que abandona sus muertos en el lugar en que murieron. La roca destruída, muerta, rueda a las torrenteras, inmensos osarios geológicos. El agua corrien-



Fot. del doctor Schiller

"Las faldas arrancadas" en los Andes. Roca de gran tamaño al pie de "un derrumbadero o despeñadero" después de haber rodado por la falda.

te de las lluvias, diligente medio de transporte del material destruído en las montañas de clima húmedo, falta en cantidad suficiente en los Andes secos.

La montaña sepultada bajo sus propios despojos, hasta los tres mil metros de altura, constituye lo típico del paisaje.

Si lo consideráramos desde el punto de vista estético, diríamos que este paisaje andino se compone de un desnudo de naturaleza, sin recato, imagen de expresión directa, imagen no completada por nuestra imaginación: estas inmensas montañas todo lo dicen sin ocultar lo que debemos imaginar, como si fuesen inmensas arrugas de la impudorosa vejez de la Tierra.

¿Cómo obstaculizó el material suelto de las rocas destruídas el paso de la hueste libertadora?

Fácil es suponerlo si se recuerda que las sendas faldean la montaña, al pie de los “derrumbaderos”, “despeñaderos”, “resbaladeros”, al pie de las “faldas arrancadas”.

Así son llamadas las faldas cubiertas por los fragmentos de la roca destruída. El espectador cree ver la obra de millones de picapedreros que trabajaron sañudamente para reducir la roca a polvo.

El manto del material suelto de un “despeñadero”, pende en algunos parajes, podría decirse, sobre la cabeza del viajero, tal es la inclinación precipitosa de la falda. El menor movimiento que pueda producirse en la parte baja del depósito, ocasiona el desplome.

La senda queda cubierta, y si es transitada, debe marcharse entre el material destruído —a veces del tamaño de algunos metros cúbicos— que no se despeñó en el abismo, y que se despeñará apenas transiten sobre él.

Nuestro Libertador había previsto que sus mulas y sus caballos y aún, sus bueyes utilizados en las primeras jornadas, marcharían sobre la roca. Los hizo



Fot. de E. Acevedo Díaz.

*Torrentera de piedra en la cumbre de la precordillera de Paramillo.
imagen de la montaña de desierto.*

herrar. Pero la herradura es resguardo suficiente cuando el animal marcha sobre una superficie más o menos lisa. No lo es, si transita sobre el material suelto de filosas aristas, y sobre todo si por el peso de la carga apoya el casco con firmeza.

Veamos la obra que hicieron los “derrumbaderos” y los rodados. El propio Libertador lo va a decir. Al general Miller, que lo interrogaba para escribir sus memorias, le contesta desde Francia: “El ejército llevó 10.600 mulas de silla y de carga, 1.600 caballos y 700 reses y a pesar de un cuidado indecible sólo llegaron a Chile 4.300 mulas y 511 caballos en muy mal estado, quedando el resto muerto o inutilizado en las cordilleras”.

Las palabras de su parte dirigido al gobierno de Buenos Aires, desde San Felipe, son bien explícitas: “Los caballos —le dice— no obstante las herraduras, han llegado inútiles. No puedo seguir al enemigo hasta

dentro de seis días, término que creo suficiente para recolectar caballos”.

El peso de la nieve ocasiona en invierno los aludes del material suelto de las faldas. San Martín no se valió de observaciones hechas durante esa estación. Sagazmente, eligió el mes de diciembre, libre de nieve, para el viaje de Alvarez Condarco, que cruzó las cordilleras con el pretexto conocido.

Un efecto del clima desértico de los Andes es la falta de agua. Una palabra del Libertador nos dará una idea de la necesidad de agua. Reguló las jornadas teniendo en cuenta su existencia, su abundancia o escasez. Las notas del itinerario son bien elocuentes: “2ª Sin agua alguna; 3ª Sin agua en toda la tirada.” Al señalar la jornada “Río San Juan” escribe: “Agua, infinita”, dos palabras que valen tanto como la aspiración colmada de un sediento.

El ejército tuvo que soportar otra de las consecuencias del clima de desierto. La cordillera es roca desnuda de vegetación; los valles son inmensos pedregales despoblados, excepto algunos con cubierta de tierra, como el Valle Hermoso.

Era de vida o muerte encontrar pasto para mulas y caballos, y leña para el fuego de los fogones.

Los animales se alimentaron con el pasto puna, dura gramínea indigestible. Por ser menos sobrio y de menos capacidad digestiva que la mula, el caballo padeció las consecuencias de la dieta.

¿Cómo pudo ser mitigada la penuria sufrida por estos hombres? Con humorismo, solamente. Dice O’Higgins en uno de sus partes: “Ayer se fué el cirujano mayor a incorporar a la vanguardia. Hoy se ha muerto un soldado del número 7. Todos ignoramos cuál fué su mal. Un barbero que hace de cirujano y sabe hacer menos, podría acertar”.

El paso de los Andes a través de cuatro cordilleras desérticas, es una de las mayores proezas del esfuerzo que hayan realizado los hombres.

Quien busque el guión de la personalidad de nuestro Libertador, no debe colocar en segunda apreciación esta gran empresa del esfuerzo.

De su cabal consideración surge la fórmula del carácter del general San Martín. Puede expresarse con estas palabras: "Debo hacerlo, luego lo hago".

Su máxima: "Serás lo que debes ser y si no no serás nada", es, también una fórmula de voluntad en acción activa, porque, para ser, en perfecta adecuación a la personalidad, débese distender el esfuerzo hasta agotarlo.

De no distenderlo así, no se es nada y la vida deja a la zaga al flaco de voluntad.

San Martín fué un genio de la voluntad y de la organización, del tipo de los que abren nuevos rumbos al destino de una nación. Querer ser más, flecha disparada hacia la distancia, flecha que no volvió al carcaj sino con la independencia de América.

Los grandes de la voluntad son dominados por un cerrado egoísmo; en cambio, en él, su fuerte carácter fué superado por el altruísmo. El destino de su América valió más que su propio destino, en el momento decisivo de cerrar su carrera de gran caudillo.

La independencia de América fué, para la acción de su voluntad de energético, un fin, no un medio.

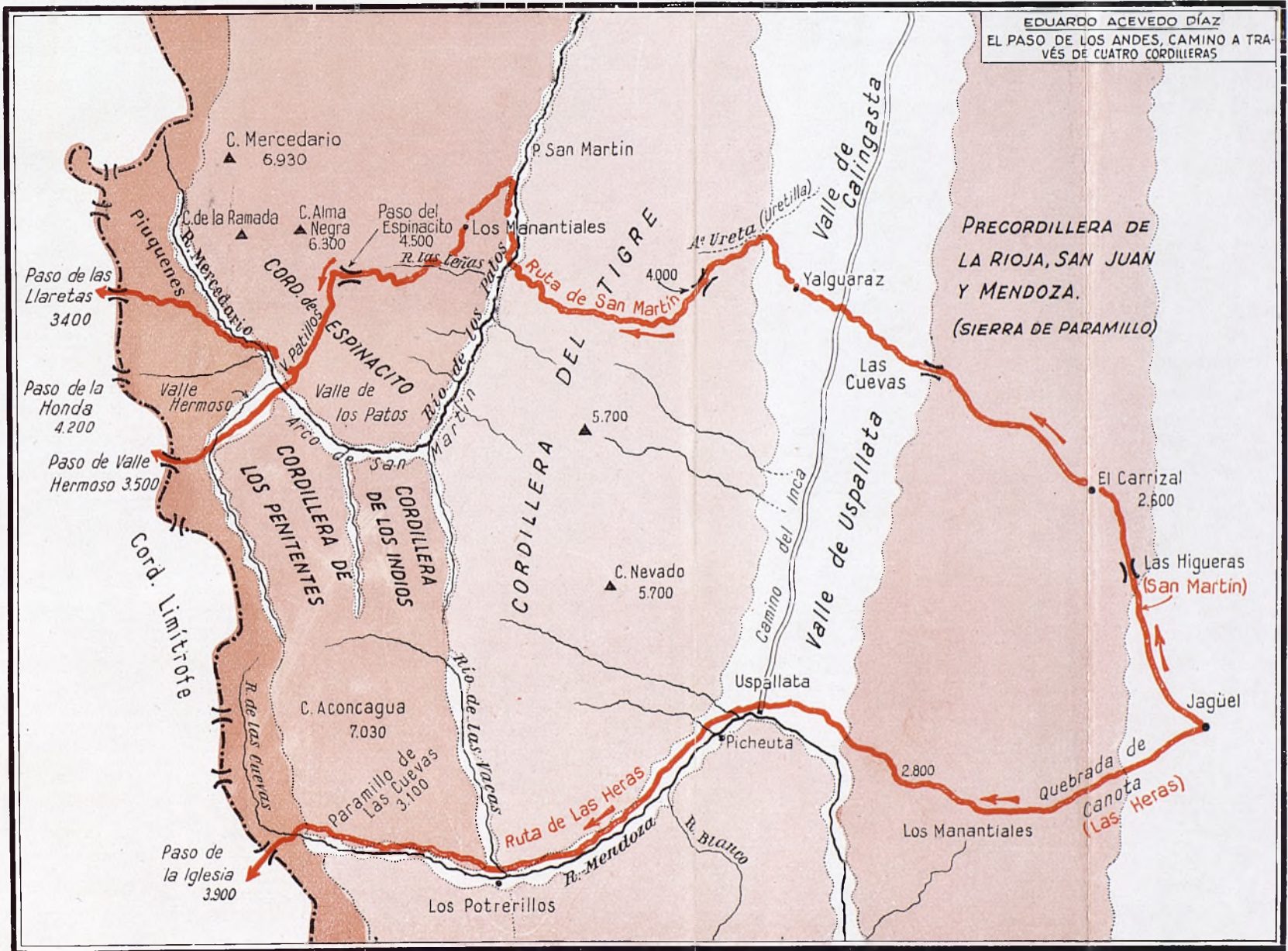
Su yo estaba pospuesto; el yo, era América.

Los años que siguieron a su retiro fueron de silencio. Su gesta había terminado con la acción activa.

No la rememoró en memorias; no la exaltó en alegatos. Parece que hubiera pensado: "quede eso para después".

No quiso alzar talla sobre los sucesos ni sobre los que lo negaron para agrandar su nostalgia de la patria,

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ
 EL PASO DE LOS ANDES, CAMINO A TRAVÉS DE CUATRO CORDILLERAS



Croquis N° 1

sobre los que se duelen de la virtud ajena como si fuese dardo hincado en sus corazones.

La patria seguía siendo hermosa en sus montañas, en su pampa, en su cielo, en sus grandes ríos. Quizás él pensó que los hombres vendrían al seno de su memoria.

Los grandes recuerdos debieron mitigar su nostalgia.

Ya sin luz en los ojos, es posible que brillase en su memoria la imagen de sus Granaderos. Fueron "los del comienzo", los de San Lorenzo; los dos que cruzaron Los Andes con Alvarez Condarco, anticipándose al paso del ejército; también, fueron "los de la despedida", los ochenta que combatieron en Ayacucho, dando el adiós a las batallas de la independencia americana.

Y volvería siempre a su memoria el recuerdo de la imagen de aquellos bizarros, como si después de librada la batalla de Maipú, volvieran al trotón de sus bridones espumantes, con los pesados sables teñidos de la sangre, con el polvo de la jornada sombreando los rostros, y la bandera del ejército de los Andes, desgarrada por la aspereza y el brío de la pelea.

Chacabuco, Maipú, Pasco, Río Bamba, Pichincha, Junín, Ayacucho, nombres preclaros de aquella preclara gente.

Eran los hijos de armas del Libertador; los hijos adoptivos de las cordilleras, "los de los Andes", los que llevaron más allá del Ecuador el nombre del país de Mayo y de Julio convertido en la divisa de su jefe, divisa que hoy, como entonces es emblemática: Argentina libre en América independiente.

APENDICE RELATIVO AL CRUCE DEL EJERCITO DE LOS PATOS POR EL PASO DE LAS LLARETAS Y LA RUTA SEGUIDA EN LAS CORDILLERAS ARGENTINAS

Sabido es que no se conocen con exactitud algunos de los tramos del camino seguido por el ejército de Los Patos. Sabido es, también, que en los documentos no se ha mencionado el nombre del paso de la cordillera limítrofe cruzado por la hueste libertadora.

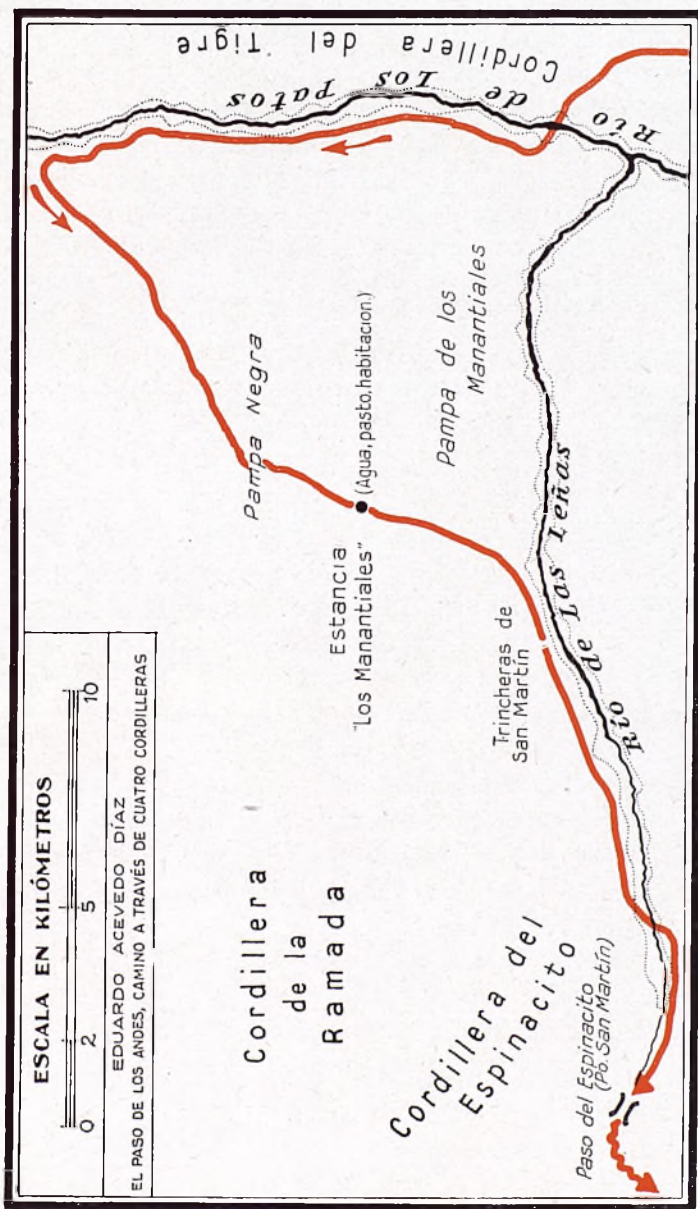
Los modernos conocimientos de la geografía andina han disipado muchas dudas y errores de los antiguos relatos, algunos de gran magnitud, tales los que colocan al Aconcagua en la cordillera limítrofe y los que le atribuyen origen volcánico.

Esos antiguos relatos no describen la realidad de la montaña andina, con su cara de desierto de piedra, ni la de su clima destructor del relieve, ni el tipo de su hidrografía, todo en función con la historia del paso del ejército libertador.

En lo que ha de leerse será la Geografía la que rectifique, y en su caso, el documento. Queremos decir que el fin de estas explicaciones no es la enmienda sino el esclarecimiento de lo concerniente a la ruta y al pasaje de la cordillera limítrofe, explicaciones que podrán ser mejoradas por otros en lo que se relaciona con los puntos oscuros de la trayectoria del ejército.

EL MAYOR ARCOS PASÓ POR VALLE HERMOSO

En el libro de los hermanos Robertson pueden leerse estas palabras:



“Al mismo tiempo San Martín ordenó que el jefe de ingenieros [Arcos] con doscientos hombres avanzara hacia la izquierda para penetrar en el boquete de Valle Hermoso y caer sobre La Ciénaga donde estaba apostada una guardia enemiga; y que, subiendo a las alturas del Cuzco, y dejando a retaguardia el cordón de Piuquenes abriera estos pasos para marchar luego sobre el de Achupallas, que es el cuello del valle y al cual debía de poner en estado de defensa a fin de reunir el ejército con seguridad y ponerlo en condiciones de desembocar en Putaendo” (1).

Juan Robertson estuvo en Lima con San Martín en 1820, 1821 y 1822. Su referencia, por esa circunstancia, es digna de ser tenida por exacta. Examinada en sus detalles es de una exactitud matemática en cuanto se refiere a la geografía de la zona. En efecto, para “caer sobre La Ciénaga” es preciso penetrar en territorio chileno por Valle Hermoso. La Ciénaga es un punto del camino del Valle Hermoso “a las alturas del Cuzco” (Alto del Cuzco). El camino desciende hacia La Ciénaga; de La Ciénaga al Cuzco, asciende. No es preciso trepar al Cuzco para penetrar a la parte baja de Chile, al valle de Putaendo. De La Ciénaga parte un camino hacia el sur. De ahí, la importancia estratégica de este lugar, llave de rutas (por lo que se supuso que lo hubiese ocupado el enemigo). ¿Por qué Arcos no siguió este camino de La Ciénaga hacia el sur? Porque hubiera dejado a su flanco derecho el Alto del Cuzco y su línea de comunicaciones en peligro. Pero, hay más, prueba evidente de que San Martín venía desde el norte: “subiendo a las alturas del Cuzco [Arcos], y dejando a retaguardia el cordón de Piuquenes, abriera estos dos pasos [Alto de Piuquenes y Alto del Cuzco]”.

(1) J. P. and G. P. Robertson. *Letters on South America*. Vol. III. página 246. London, 1843.

El extremo septentrional del cordón del Cuzco denominase cordón de Piuquenes (Ver en el croquis N^o 5 el lugar designado "Al Pie del Portillo").

El parte de Arcos del combate de Achupallas no dice por dónde pasó. "En este momento que son las 12 de la noche tengo la satisfacción de anunciar a V. E. que somos ya dueños de las gargantas del valle de Putaendo ,y que la división de mi mando ha hecho honor esta tarde a las armas de la Patria, comportándose de un modo bravo y distinguido. *A pesar de lo fragoso y desconocido del camino* por donde he ejecutado mis marchas, no fué posible evitar ser advertido..." (*Gaceta de Buenos Aires*, del 20 de febrero de 1817). Las palabras escritas en bastardillas se refieren, seguramente, al acceso inmediato a El Alto del Cuzco. En efecto, desde La Ciénaga [Vega Ciénaga] dos caminos de ruta paralela llegan al pie de El Alto del Cuzco. El del norte cruza curvas de nivel de trazo muy ceñido en la carta topográfica (Cerro Aconcagua, Instituto Geográfico Militar). Posiblemente es el más áspero, y al que, por ser menos transitado a causa de esa condición, se refieran las palabras de Arcos: "A pesar de lo fragoso y desconocido del camino". Ambos caminos se unen al pie de El Alto del Cuzco.

LA RUTA DEL GRUESO DEL EJERCITO, DE JAGÜEL A LA CORDILLERA DEL TIGRE

Conocidos croquis de la marcha del ejército de los Andes no coinciden con los que hemos construido y publicamos, en lo que se refiere a ciertos nombres geográficos y a los itinerarios.

Alguno de esos croquis supone que el ejército de Los Patos había seguido la misma ruta del general Las

Heras. Desde ese punto Las Heras habría marchado camino al occidente y el ejército de Los Patos en dirección al norte por el valle de Uspallata, transitando por el camino antiguo llamado del Inca, trazado entre la precordillera del Paramillo y la cordillera del Tigre (ver croquis 1).

En la reconstrucción nos hemos servido de los siguientes elementos: el itinerario adoptado por el general San Martín, que debe darse por cumplido siempre que no se demuestre lo contrario, los partes de sus jefes, confirmatorios de su cumplimiento; el diario del mayor Enrique Martínez, segundo jefe de la columna de Las Heras, y, repetimos, de los estudios geográficos posteriores a la historia del cruce de la cordillera.

En 1901 ya había trazado la ruta del modo que lo hacemos en nuestro croquis número uno, el teniente coronel asimilado en el ejército chileno Hans Bertling, aunque dejó de lado la plena prueba de los partes de O'Higgins y de Cramer y el diario de Enrique Martínez ⁽¹⁾.

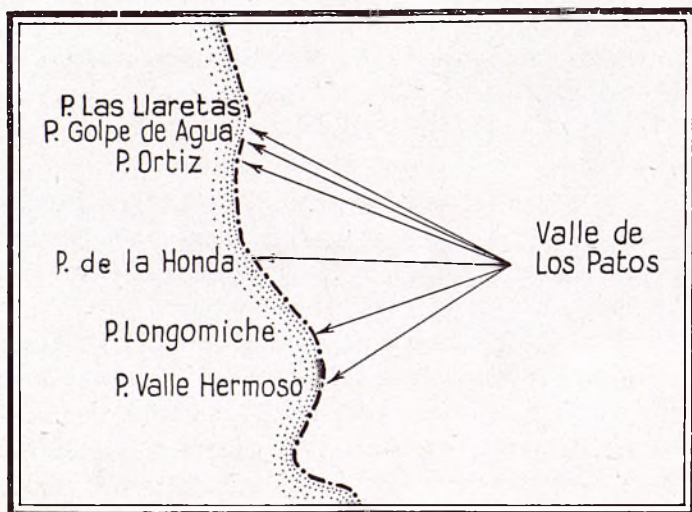
Ambos ejércitos se separaron en Jagüel y cruzaron separadamente la precordillera del Paramillo. El ejército de Los Patos la pasó en línea diagonal, de rumbo sudeste a noroeste, desde Las Higueras a Las Cuevas, sitios de entrada y de salida del portezuelo, respectivamente.

He aquí los hechos documentados:

El ejército de Las Heras emprendió la marcha el 18 de enero a las 11.30 del día y acampó en Canota (dentro de la precordillera del Paramillo) a las 10.30 de la noche, después de una marcha forzada de quince leguas, sin agua en toda la distancia. El 20 de enero

(1) *El paso de la cordillera de Los Andes*. Santiago de Chile. 1902. Los partes fueron publicados en 1910 en la recopilación titulada *Documentos del Archivo de San Martín*. Estos documentos formaban parte del archivo del general Mitre y pertenecen al Museo Mitre desde la muerte del patricio.

acampó en Uspallata a las siete menos cuarto. Estuvo allí acantonado hasta el 29. El 24 se supo que había sido sorprendida la avanzada de Picheuta. El 25, su segundo jefe, mayor Enrique Martínez, obtuvo el desquite en Los Potrerillos, derrotando al destacamento español. Vuelve a Uspallata el 26. (Diario del mayor Enrique Martínez. *Archivo de San Martín*, T. III, página 259).



Croquis N° 3

Martínez no menciona al ejército del general San Martín, el de Los Patos. No menciona su llegada y su acantonamiento en Uspallata o en sitio próximo, dentro de este valle.

Los vencidos por Martínez llevaron a Chile la noticia del avance de Las Heras. San Martín recibió el

parte de la victoria de Los Potrerillos en Los Manantiales, el 1º de febrero. “Este desgraciado accidente — dice el general Mitre— podía cambiar la faz de la campaña, y obligaba a modificar el plan de invasión. El general de los Andes lo modificó sobre el terreno. En el acto dispuso que el mayor Arcos se adelantase rápidamente y ocupara la garganta de Achupallas” (descenso al valle de Putaendo).

Los Manantiales es sitio de la cordillera del Espinacito que dista de Uspallata, por camino, 180 kilómetros. Si San Martín hubiese salido de Uspallata habría recibido el parte de Las Heras días antes.

Esta fuerte presunción es el argumento del teniente coronel Bertling.

Pero, he aquí la plena prueba documental que encontramos en el Archivo de San Martín:

El grueso del ejército de Los Patos, mandado por O’Higgins estaba acampado el 27 de enero en Uretilla (sitio próximo al borde septentrional de la cordillera del Tigre). Lo dice así su parte: “Campamento en Uretilla, 27 de enero a las 5 ½ de la mañana. En este momento, al emprender mi marcha desde este punto al río San Juan, sin tener más novedad que dos cabos y dos soldados que se enfermaron en Las Cuevas. En dicho campamento de Las Cuevas paré el día 24, por haberlo hecho así la primera división de vanguardia en este punto”. (*Archivo de San Martín*, T. III, pág. 286).

Las Cuevas es el boquete occidental del paso de la precordillera del Paramillo. El oriental es Las Higueiras. De consiguiente, la vanguardia con Soler y el grueso con O’Higgins marcharon desde Jagüel hacia el noroeste a través de Paramillo y no desde el sur, desde Uspallata.

Hay un dato más concluyente. Cramer fecha su parte del día 24 de enero a las 10 de la noche en El

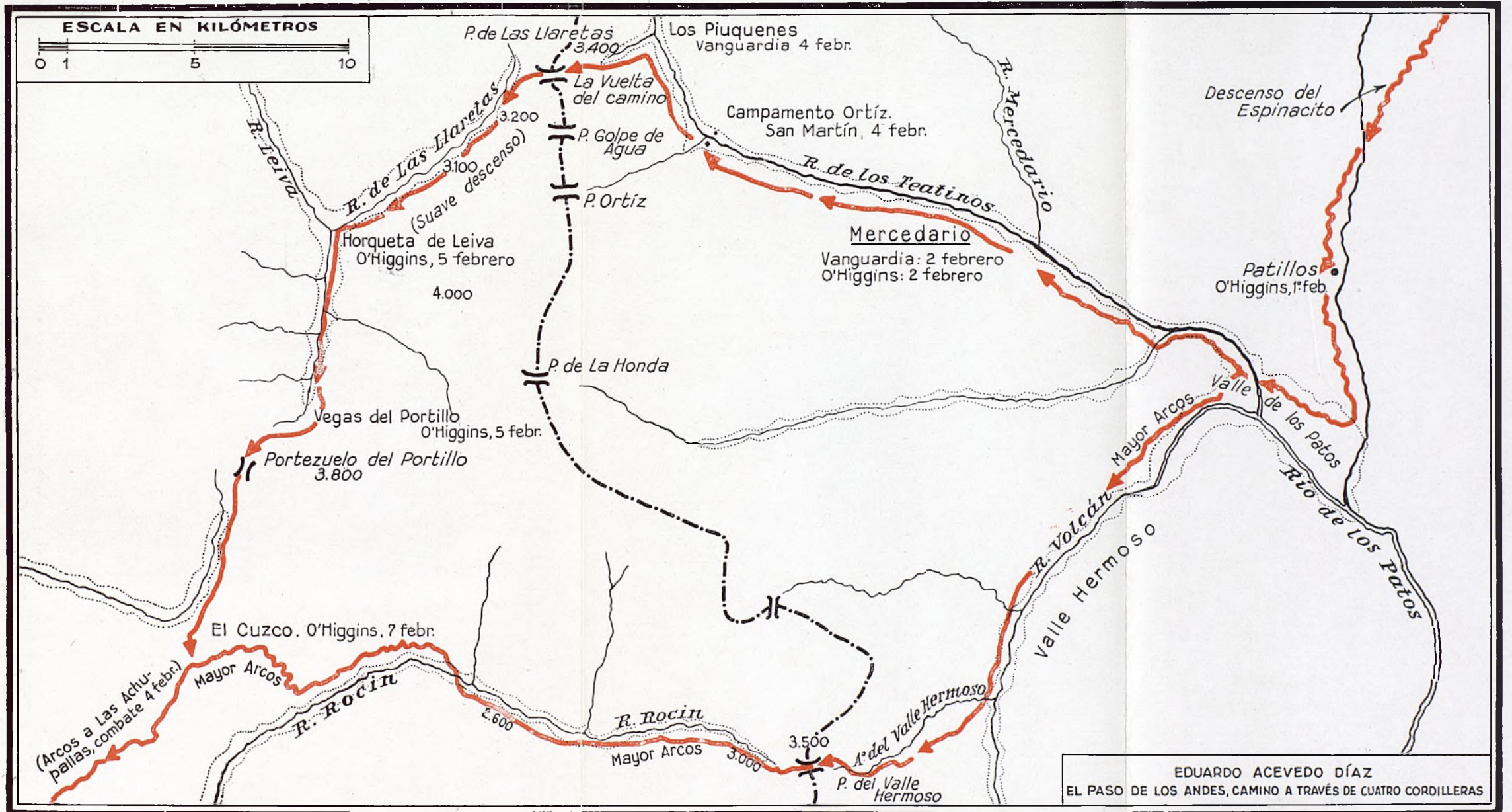
Carrizal, es decir, en el punto intermedio entre Las Higueras y Las Cuevas, situado dentro de la precordillera del Paramillo. (Archivo de San Martín, T. III, pág. 285).

El ejército de Los Patos cumplió el itinerario trazado por el general en jefe entre Jagüel y Uretilla. La columna de Las Heras cumplió el suyo. En efecto, el lugar llamado "Villavicencio" en el itinerario (Estancia Villavicencio) está situado a la entrada de la quebrada de Canota, ascendida hasta 3.000 metros (Pampa de Canota) por los soldados del nombrado Jefe.

En conclusión, los dos ejércitos cruzaron la precordillera del Paramillo por rutas divergentes, abiertas en ángulo agudo, para no volverse a ver hasta Chile.

UNO DE LOS PUNTOS OSCUROS: EL TRAMO ENTRE URETILLA Y EL RIO DE LOS PATOS

Hemos tratado de reconstruirlo atendidos al testimonio del propio general San Martín: "camino cortado por cuatro cordilleras". Si el ejército hubiese despuntado la cordillera del Tigre por el norte serían tres y no cuatro las cordilleras. Además, el arroyo Uretilla, hoy Ureta, es un cauce seco tal como lo muestran las cartas de la División Cartográfica del Instituto Geográfico Militar (hojas Cordillera del Tigre, Calingasta, Yalguaraz, Tontal). En dichas cartas se ve que aun despuntada la cordillera del Tigre, no se llega al río de Los Patos por falta de caminos. Y falta el camino porque la zona es un desierto sin agua. Deben recorrerse 35 kilómetros hacia el norte, sin agua, y volver hacia el sur. Preferible es atravesar la cordillera del Tigre costeano el río de Los Patos después de haberlo atravesado.



EDUARDO ACEVEDO DÍAZ
EL PASO DE LOS ANDES, CAMINO A TRÁVÉS DE CUATRO CORDILLERAS

Croquis Nº 4

¿AL PASO DEL ESPINACITO POR LAS LEÑAS O POR LOS MANANTIALES? NUESTRA HIPOTESIS: POR LOS MANANTIALES

Los Manantiales (Estancia Los Manantiales, con agua, pasto, corrales y casas) es lugar situado al norte del río Las Leñas, afluente del de Los Patos. En algunos croquis en marcha recta el ejército penetra en el áspero cajón del río de Las Leñas inferior y lo asciende sin salir de él hasta el paso del Espinacito, lugar del nacimiento del río. Los Manantiales es punto señalado en el itinerario de San Martín, no así Las Leñas.

De admitir el supuesto ascenso por Las Leñas, el ejército no habría pasado por Los Manantiales. Este sitio habría sido dejado al norte, a la derecha. Ahora bien podría demostrarse que pasó por Los Manantiales. Fundamos esta afirmación en tres documentos. Dos de ellos son comunicaciones del general San Martín, una fechada allí el 1º de febrero a las 6 de la mañana dirigida a Las Heras y otra fechada en Las Leñas el mismo día a las 6 de la tarde dirigida al proveedor (*Archivo de San Martín*, T. III, págs. 336 y 338). De consiguiente, marchó desde Los Manantiales al río de Las Leñas superior, es decir, marchó de norte a sur. El tercer documento es la instrucción que da el general San Martín al alférez Juan Gregorio Martínez, fechada en Mendoza el 24 de enero. "Se pondrá en marcha desde hoy —le dice— siguiendo la retaguardia del ejército, con la comisión de recoger, auxiliar a los enfermos. Con este fin seguirá al ejército hasta *Los Manantiales en el camino de Los Patos.*" (*Archivo de San Martín*, T. III, pág. 235).

No había, pues razón de marchar desde Las Leñas hacia el norte y volver después hacia el sur, andar y desandar camino de Las Leñas a Los Manantiales y desde este sitio a Las Leñas.

En cuanto al trazado del itinerario del río de Los Patos a Los Manantiales (croquis número dos) la Geografía es la que da la razón. En ella se funda nuestra interpretación. La comarca de Los Manantiales es más accesible desde el norte. Deben recorrerse 10 kilómetros para ascender 500 metros. En cambio, desde el este, desde la orilla del río de Los Patos, el suelo es tan empinado que en un kilómetro de camino se suben los 500 metros, ángulo de 27° . El suelo se escalona en ascenso hacia el occidente. Su relieve es de tipo mesetiforme. De ahí los nombre de "pampas" con que se designa a las altiplanicies (Pampa Negra, Pampa de los Manantiales).

Este es el criterio con que ha sido construído nuestro croquis. El ejército no avanza hacia el oeste, hacia Los Manantiales a través de los escalones muy próximo el uno del otro (50 metros de desnivel cada 100 metros de distancia, ángulo de 27°); costea el río de Los Patos hacia el norte. Camina 10 kilómetros más, pero bien vale la pena: no se aparta del agua y toma una senda de ascenso fácil. Véase la altimetría en la carta "Paso del Espinacito" del Instituto Geográfico Militar. Muestra que el trazado de los caminos coincide con la ruta del croquis ⁽¹⁾.

EL PASO POR LAS LLARETAS

Punto oscuro pero bien descifrable. El ejército no pasó por el boquete de Valle Hermoso y sí, por el de Las Llaretas.

(1) El teniente coronel Bertling llama equivocadamente cordillera de La Ramada a la de Espinacito. La línea orográfica de La Ramada, tendida de oeste a este, se asemeja a la forma de una hoz. Espinacito sería su mango, dirigido hacia el sur. Aquí cabe agregar que han sido modificados nombres del itinerario de San Martín: Yaguariz es Yalguaraz, río Mercedario es Mercedario, arroyo Uretilla es arroyo Ureta.

Para dilucidar la cuestión débese tener en cuenta el relieve de la zona cordillerana chilena, tanto como los documentos. Ellos y la Geografía, de consuno, darán la pauta.

Después de conocer la victoria de Los Potrerillos, el general San Martín modificó el itinerario en Los Manantiales, el 1º de febrero, de este modo: Vanguardia: enero 30, Patillos; 31, Horqueta; 1º de febrero, Piuquenes; 2, Mercedario; 3, Horqueta de Leiva; 4, Otro lado del Cuzco; 5, Los Maitenes; 6, Achupallas; 7, San Antonio. Un día después, marcharía el grueso con O'Higgins; dos días después, los Granaderos, con su jefe, el entonces coronel graduado Matías Zapiola; tres días después el parque (*Archivo de San Martín*, página 230).

EL ALTO DEL CUZCO, QUINTA CORDILLERA (1)

El Alto del Cuzco es un cordón muy encumbrado de la zona precordillerana chilena, cuyo eje es paralelo al de los Andes. Es accesible de norte a sur por la quebrada del río Leiva, y debe ser ascendido en marcha hacia el sur trasponiendo su punto más elevado, el Portezuelo del Portillo, más alto que algunos pasos andinos (3.800). Recordemos que San Martín fijó sitio para la 13ª jornada "al pie del Portillo". La altura del Alto del Cuzco es de 3.500 metros.

(1) Fué, tal vez, el parecer del Libertador, pues si en 1817 dijo al Director Supremo que el camino de Los Patos "está cortado por cuatro cordilleras", desde París informó al general Miller sobre las dificultades del paso diciendo: "Tiene que pasarse cinco cordilleras".

Repitamos: Quien penetre a Chile por el paso de Valle Hermoso debe bajar por el cajón del río Rocín en pendiente muy empinada. El Alto del Cuzco intercepta la ruta hacia el oeste (pues insistimos, el rumbo del cordón es de norte a sur). Es preciso subirlo como por escala. Así lo hizo el destacamento del mayor Arcos. En el tramo que se extiende desde la Quebrada Colorada al Alto, en dos kilómetros y medio ascendió 800 metros, con un ángulo de 17° , ya dicho, según el trazado de las líneas altimétricas de la hoja "Cerro Aconcagua" del Instituto Geográfico Militar. (Véase croquis número cuatro). No era, pues, sendero propio para el paso de todo un ejército ("a pesar de lo fragoso y desconocido del camino por donde he ejecutado mis marchas", dice Arcos en su parte de la victoria de Achupallas) (1).

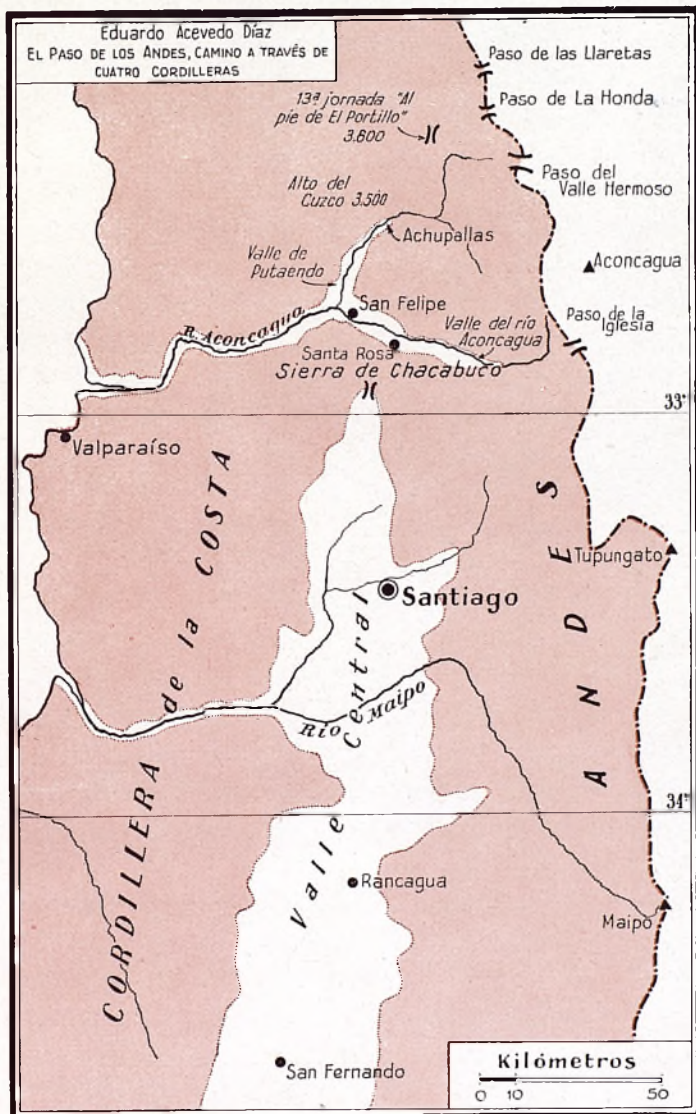
Los nombres de los dos itinerarios (del primero: "Pie del Portillo, El Cuzco"; del segundo: "Horqueta de Leiva") nos dicen que el plan de cruzar por Las Llaretas no fué variado.

Haremos dos demostraciones con la prueba documental: a) Que el itinerario por Las Llaretas fué cumplido. b) Que San Martín pasó, también, por dicho paso y que estuvo en estrecho contacto ya con la vanguardia, ya con el grueso del ejército.

He aquí los partes:

Soler fecha el suyo dirigido a San Martín a las 11 de la noche en Mercedario el 2 de febrero. Mercedario

(1) Es decir, el tramo que se extiende desde la Quebrada Colorada al Alto del Cuzco, que un viajero común no está obligado a recorrer. Tiene a su disposición el camino que costea el río Rocín, corriente de agua que desde la Quebrada Colorada dobla hacia el sur. Pero a este viajero común no le importa dejar a su flanco derecho el Alto del Cuzco, pero sí le importa a un ejército, si no quiere ser atacado con ventaja y cortado de su base, desde esa posición dominante. La misión de Arcos tuvo doble objetivo: apoderarse de la altura y descender por ella hacia el valle de Putaendo. Por eso no llegó a Putaendo por el camino trazado a lo largo del curso del río Rocín, afluente del río Putaendo.



Croquis N° 5

es sitio del camino a Las Llaretas y no del camino a Valle Hermoso. En efecto, el río de su nombre descendiendo del norte como el de los Teatinos, con el que se une. Unidos, llevan el nombre de Blanco. Unidos éste y el Volcán que descende del sur, de la comarca de Valle Hermoso, llevan el nombre de Los Patos.

Dicho parte fechado en Mercedario, otro que mencionaremos en seguida y el oficio del Libertador dirigido al Director Supremo, no figuran en el Archivo de San Martín. Fueron publicados en la *Gaceta de Buenos Aires* del 17 de febrero de 1817. El segundo parte de Soler, a que nos referimos fué fechado el 4 de febrero a las 5 de la mañana en Los Piuquenes. Está dirigido al general San Martín acampado a poca distancia en el “Cuartel general Ortiz, a media jornada después de Mercedario” palabras textuales del mencionado oficio dirigido por el Libertador al Director Supremo. El nombre “Ortiz” nos habla de la proximidad del paso así llamado, situado a cuatro kilómetros al sur del paso de Las Llaretas, según la escala de la carta del Instituto Geográfico Militar “Río de los Teatinos” (1). “A media jornada después de Mercedario”, vale decir, al “norte” de Mercedario, marcha en la que se alejaba de Valle Hermoso. No más de cuatro kilómetros separaban al Libertador de la vanguardia. Dícele Soler en dicho parte: “Me marchó a la ligera con dos compañías de cazadores y las segundas que tengo apostadas en Leiva”.

(1) Nombre derivado de Teate. El obispo de Teate fué, después Sumo Pontífice con el nombre de Paulo IV, fundador de la orden de los clérigos regulares de San Cayetano, “los teatinos”. Por confusión se llamó así a los padres de la Compañía de Jesús. El valle del río de los Teatinos conduce al paso de Las Llaretas. En éste nace su afluente de la margen occidental, el arroyo Las Llaretas, camino abierto hacia el paso (cuatro kilómetros de marcha).

IMPORTANCIA DEL PARTE DE SOLER

El enigmático lugar llamado en el itinerario “Los Piuquenes”, queda a la luz. Los Piuquenes ⁽¹⁾ es el nombre de la comarca del paso de Las Lletas, tal como figura en un mapa existente en Chile, levantado a fines del siglo XVIII por el ingeniero Toesca ⁽²⁾. Otro detalle esclarecedor del parte de Soler : nombra a Leiva, el río chileno de la zona del paso de Las Lletas.

LOS PARTES DE O'HIGGINS DAN SU PROPIA SITUACION, LA DE LA VANGUARDIA Y LA DEL LIBERTADOR

El 5 de febrero O'Higgins fecha su parte en la Horqueta de Leiva, prueba inequívoca de que el ejército ha cruzado por Las Lletas. La vanguardia ha pasado por la Horqueta de Leiva; San Martín está tan cerca del grueso que se entera de las necesidades de la vanguardia y en algunas horas da órdenes a O'Higgins para que las remedie. Véase la demostración en este parte de O'Higgins: “En cumplimiento de la orden de V. E. remití ayer a las cinco de la tarde 11 cargas de charqui y una de galleta al general de la vanguardia, las que creo llegarán allí a las 11 de la noche”. (*Archivo de San Martín*, pág. 291). El mismo 5 de febrero fecha su parte a San Martín en las Vegas del Portillo. “En este momento, que son las ocho de la mañana, he llegado a este punto nombrado Vegas del Portillo, y

(1) *Piuquenes*, en zraucano, “pato salvaje”. También, “los corazones”. Es topónimo común en Chile: Alto de los Piuquenes (en la zona de El Alto del Cuzco); paso cordillerano de los Piuquenes, en Mendoza.

(2) Dicho mapa formó parte del archivo del historiador chileno, don Diego Barros Arana.

me encuentro con la segunda división de vanguardia al mando del comandante don Anacleto Martínez, que camina con toda su tropa a pie por falta de mulas. Voy a auxiliarlo con todas las que tengo sobrantes, y por cuyo motivo he mandado echar pie a tierra hasta esperar las órdenes de V. E. que se servirá designarme el punto adonde debo acampar esta noche" (*Archivo de San Martín*, pág. 293). Si escribe el parte a las ocho de la mañana y espera órdenes para la noche, las espera de quien está próximo, de quién había pasado o estaba por pasar por Las Llaretas y no por Valle Hermoso.

El mismo día 5, O'Higgins fecha su parte en las Vegas del Cuzco: "He hecho alto para desensillar las mulas que remito a la segunda división de vanguardia". Y agrega estas palabras que prueban que San Martín está muy próximo: "Yo continuaré como V. E. me ordena y todo se hace con el mayor gusto aun cuando fueran las incomodidades mayores". El 7 de febrero fecha su parte en el Campamento del Cuzco, y estas palabras confirman la idea de que San Martín no está lejos: "De las 130 mulas que V. E. me remitió sólo he recibido 124".

Creemos que después de lo expuesto surge con toda claridad que el ejército de Los Patos pasó por Las Llaretas. Esta ruta se llama "La vuelta del camino", que es como decir, "desvío hacia el norte, del camino directo de Valle Hermoso". Alguna ventaja debe tener este rodeo o camino más largo. Es el fácil descenso de la cordillera por el valle del río chileno Las Llaretas, afluente del Leiva. Por eso, Las Llaretas es paso para entrar a Chile; Valle Hermoso, para entrar a la Argentina, porque su empinada pendiente es más accesible en el ascenso que en el descenso (costeando el río Rocín desde su confluencia con el Putaendo, esto es, dejando a la izquierda el Alto del Cuzco).

El Libertador no se apartó de lo que enseñaba la experiencia y le aconsejaba la Geografía.

Así se hermanaron la Historia y la Geografía en el hazañoso Paso de los Andes.

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

